

# Encuentro de Escritores de Quito

1327

**D**ESDE que se popularizaron en América Latina los encuentros de escritores, el número público que los presencia concluye preguntándose, algo desconcertado, cuál es su utilidad. Es tivo que satisfacen la curiosidad de los lectores, deseosos de ver, oír, hacer preguntas a sus autores preferidos, ejercitando esa dominante tendencia contemporánea a esperar del hombre palabras capitales que él hubiera dejado sin registrar en sus escritos, cosa por cierto hartamente improbable. De los escritores reacios al trato público (como Juan Rulfo o Juan Carlos Onetti) sólo se espera percibir la nagen física, el gesto, su misma cohibición o retraimiento ante el acoso. Pero en muy pocas ocasiones se llega a establecer ese codiciado diálogo, en las soñadas respuestas a las muy ensadas preguntas y en cambio sólo queda una farándula de conferencias, mesas redondas, debates públicos, entrevistas periodísticas, cuyo balance definitivo es difícil de establecer.

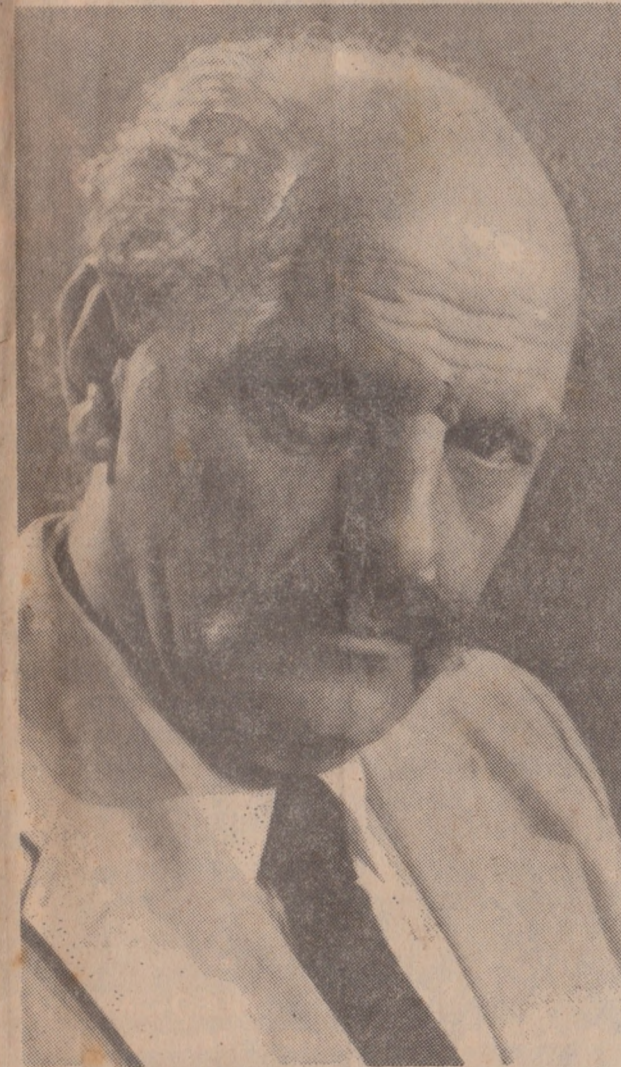
Ecuador se ha caracterizado por su atención para este tipo de encuentros, y el año pasado le llevó a organizar una reunión en Guayaquil y este año una semana cultural en Quito. Un modo de combatir el encierro en que se siente, a la sombra del Pichincha, de restablecer sus vínculos con la comunidad latinoamericana, propiciado por su espontánea y generosa hospitalidad, rica de tradicionalismo y empuje modernizador a un tiempo. En una América donde la incomunicación sigue siendo la coraza de acero de los pequeños países, una excelente

oportunidad para quienes procuramos informarnos de la producción intelectual. Pues, como más de una vez he dicho, caminando América y viéndola "in situ" es posible enterarse cabalmente de su permanente creatividad y de la tenaz tarea de sus nuevas generaciones.

\*-\*-\*

Curioso panorama el del Ecuador político actual. Para quienes venimos del arrasamiento cultural instaurado por las dictaduras militares del sur, motivo de perplejidad. Los escritores ecuatorianos hablan de una dictablanda, no sólo ahora en que se ha gestado una restauración de la vida civilista con un libre juego de partidos políticos, incluidos los sectores plurales de la izquierda que cuentan con sus diarios y revistas, sino, al parecer, en años anteriores, cuando pudieron expresarse y cumplir sus tareas proselitistas diversos movimientos doctrinarios, políticos y sociales. En los semanarios leo los consejos que desde Buenos Aires sigue formulando el quintuple presidente Velasco: las diatribas de los movimientos maoístas que prácticamente dirigen la Universidad Central; las orientaciones del movimiento de Roldós-Huarte que une al populismo con la democracia cristiana y que se perfila como el posible triunfador de la próxima contienda electoral; la iracundia del grupo liberal disidente ante el vil asesinato de Calderón, acontecimiento que todos coinciden en considerar insólito (aun-

*Angel Rama*



que también alarmante) en la coexistencia política del país.

La ciudad crece abruptamente como Caracas, poblándose de altos edificios de renta y de sofisticados negocios, mientras el damero colonial que encierra las maravillas del barroco con la Iglesia de la Compañía, el Convento de la Merced, la Iglesia de San Francisco y tantos otros relucientes y pasmosos monumentos, es invadido por un bajo pueblo pobre que ha transformado el antiguo centro en una barriada. Pero desde la altura del Panecillo, coronado con su torpe Virgen alada, se ve cómo la ciudad irrumpiera fuera del valle original con innumerables urbanizaciones, entre las cuales no se distinguen las habituales "favelas" o "rancheríos", sólo existentes al parecer en el puerto de Guayaquil. Los economistas de Planificación con quienes dialogo, ven como posible un desarrollo nacional que fomente un equilibrado progreso de la población. Todos están a la espera de las elecciones que los temores de una guerra en el Pacífico sur, han remitido al año próximo.

Lo que sorprende es la comunicación persistente entre diversos grupos sociales, herencia quizás del populismo velazquista profundamente arraigado. Los tecnócratas lo repudian pero aún en filas militares pone su marca. El ministro de Educación, que lleva un nombre de novela de Pushkin, general de división Dobronsky, conversa apasionadamente de toros en la inminencia de las fiestas quiteñas y se echa a cantar canciones folclóricas. Aun en la "gran aldea" el mundo rural está próximo y conserva sus sabores.

\*\_\*\_\*

La muchedumbre desborda los auditorios en que se celebran los principales actos: toma notas, formula preguntas, pide autógrafos, celebra réplicas y participa emocionalmente del debate. Tres paneles (sobre poesía, novela y ensayo) donde se dice de todo con entera libertad, se celebran en un Círculo Militar, pero ningún militar o al menos ningún uniforme se observa entre el público. Un crítico exigente (Rodríguez Castelo) formula críticas al panel de poesía, pero la novela y el ensayo, que revisan ambos géneros en el siglo actual, generan

una adhesión entusiasta. Mucho menos el panel sobre el editor frente al autor que queda confinado a tecnicismos y a la discusión sobre la política cultural del Círculo de Lectores, un poderoso "Book Month Club" procedente de Alemania que se ha ramificado exitosamente por el área andina.

Pero es en las Universidades (Central y Católica) donde se producen las más eficientes y vivas discusiones. Es un público especializado que tiene preguntas difíciles que formular y que puede sostener un diálogo de alto nivel. Los temas literarios se codean con los políticos. Vuelve a sorprenderme la libertad con que todos se expresan: o no hay los consabidos agentes dedicados a la rutinaria grabación o a nadie le importa de su existencia.

\*\_\*\_\*

Figuras ya consulares de América Latina representan al Ecuador: Alfredo Pareja Diezcanseco lleva con humor y elegancia su fama, así como Pedro Jorge Vera; los críticos Angel Rojas, Galo René Pérez, Pedro Saad, participan con precisión y rigor en los debates. Falta, por enfermedad, Benjamín Carrión y es como si faltara el mismo Ecuador. Los jóvenes intervienen en los actos universitarios, pero para conversar libremente con ellos me voy a una reunión secreta con "La bufanda del sol", porque hay una nueva generación que poco tiene que ver con la gran generación del realismo social de los treinta, entre la que cuentan Ivan Egúez, Fernando Tinajero, Ramiro Rivas, Raúl Pérez, Abdón Ubidia, y una buena colección de "reducidores de cabezas". A uno de sus más recientes exponentes, Jorge Velasco Mackenzie, autor de un jubilo libro, *Como gato en tempestad*, se le concede una beca de un año para escribir una novela. El país se ha cubierto de talleres literarios organizados por los jóvenes integrados en el Frente Cultural: van construyendo sus obras y desbrozando el ambiguo campo de las ideologías. Carlos Eduardo Jaramillo, el poeta de Tralfamadore (el mejor poeta vivo de Ecuador, musita Rubén Astudillo), pasea su cabeza tallada como en un sueño.

## Encuentro...

(Viene de la Pág. 1-24)

Los visitantes extranjeros no son muchos, habida cuenta de las deserciones de última hora (Juan Rulfo, Mario Vargas Llosa, Salvador Garmendia) pero entre una Blanca Arias de Caballero consagrada a sus historias para niños y un Luis Goytisolo que pregunta por los indios del Ecuador, azorado por su primer contacto con la América del Sur, entre un estrepitoso y siempre jocundamente polémico Alvaro Mutis y un preciso y afinado Enrique Anderson Imbert, el puesto de honor corresponde a dos escritores distantes: Jorge Luis Borges que ejecuta diestramente dos interrogatorios públicos y Ernesto Cardenal que pasa consagrado a sus actividades antisomocistas, más atento a sus reuniones políticas o sindicales que a los fastos de la literatura.

Borges es ya una leyenda latinoamericana, leyenda blanca o negra según los gustos, pero leyenda al fin. Después de tantos años de no oírle, voy al Palacio Legislativo, transformado por desocupación en salón de conferencias, para su presentación al público ecuatoriano. Desde el estrado tuerce la cabeza hacia el resplandor de un foco y habla al vacío, mientras sus acompañantes se esfuerzan por acercarle el micrófono que no ve o el vaso de agua que tantea sobre la mesa. Es una cara trabajada, como de un animal antediluviano, atento e impasible, acechante tras los ojos sin luz pero su lengua es rápida, precisa, y, de golpe, gozosamente sarcástica. Como las iguanas o las tortugas de Galápagos, está fuera del tiempo, en la eternidad, pero bruscamente cae sobre la presa del momento. ¿Por qué se ha referido despectivamente a los novelistas del boom?, le preguntan. "Quizás porque he leído a algunos de ellos", contesta. ¿Qué piensa del premio Nobel? "Se le ha dado a algunos verdaderos escritores —y cita a sus dioses ingleses: Kipling, Yeats, George Bernard Shaw— pero el último premio no se comprende".

Previsiblemente un joven alza la mano y, aduciendo la amistad de Borges con las autoridades argentinas actuales, le pide que interceda por Haroldo Conti, el escritor desaparecido hace años. Explica que no hay tal amistad, que él sólo ha almorzado una vez con ellas, que mantiene discre-

pancias porque los generales son católicos y él es agnóstico, y luego calla. Ni una palabra sobre Haroldo Conti, ni siquiera la frase de rigor lamentando su desaparición. Me siento mal; el juego deja de ser divertido; su gratuidad ofende; prefiero irme. Al día siguiente Pedro Jorge Vera le recordará sus vínculos con Pinochet y se le verá visiblemente confundido.

Pero sólo de él se habla. Leyenda negra o leyenda blanca. Su imantación ni siquiera está en lo que dice, bastante conocido de todo atento lector de sus obras, sino en esa figura, patética, absurda, mitológica, caprichosa, paradójica, lúcida, en fin, imaginaria. La incoherencia de los encuentros de escritores se patentiza en él y también en él se justifican.

\*—\*—\*

Dentro de un banco, el Central, un apasionado arquitecto, Hernán Crespo Toral, ha construido un fabuloso museo de las culturas indígenas así como del arte colonial. Admirablemente organizado, permite reconstruir un conjunto de culturas de asombrosa creatividad que se escalonan a lo largo de tres mil años. Son anteriores al tan mentado imperio de los incas que dentro de este panorama de prodigalidad inventiva, surge como un despótico sistema austero, militar, racionalizado, destructor de las pujantes fuerzas indígenas. El pasado aparece aquí vivo y actuante, es una voz que viene a apoyar la singularidad de un pueblo y a testimoniar de sus poderes. La cerámica, la piedra, el oro, el platino, resplandecen con una alegría que dice cuán profunda, cuán original, cuando propia y específica ha sido la aportación cultural de este ápice equinoccial del mundo. Y, pasando a las salas coloniales, la sutileza de un Caspicara y un Legarde, tallistas que fueron el equivalente del Aléjadinho del Brasil y que imprimieron a los modelos europeos esa sabia nativa que nos depa-  
ró suntuosamente el siglo XVIII, vuelve a rubricar, en uno de los más difíciles procesos de transculturación vividos por el continente, el poderío creativo de los hombres del Ecuador a lo largo de una historia fecunda y turbulenta. •